



GASTÓN BAQUERO

△

Volver a la Universidad

La gratitud a que obliga una deferencia del tamaño y de la calidad de la que se me hace aquí por pura generosidad, me forzaría a dedicar un extenso párrafo de acción gracias a la Universidad Pontificia de Salamanca, a la Consejería de Cultura y Turismo de la Junta de Castilla y León, a la Cátedra de Poética Fray Luis de León, que gobierna con legítima autoridad don Alfonso Ortega Carmona, y al eficaz Coordinador de estas jornadas, don Alfredo Pérez Alencart.

Renuncio a formular un pliego de gratitudes, obvias por lo demás. Es una dicha personal muy subrayada la de ser objeto de distinción en el más adecuado de los marcos, y mediando personalidades como las que han tenido la generosidad de participar directa y personalmente, o por medio de mensajes y manifestaciones de adhesión. Gracias.

Para mí esta ocasión es ante todo una vuelta a la Universidad, un regreso al tiempo de ayer, que la distancia hace menos pesado que el de hoy. En

nuestras vidas la Universidad es la cima de un trayecto que emprendemos desde la niñez en busca de un Santo Grial, en busca de pertrecharnos con aquellas armas, armaduras, luces y senderos que ayudarán a nuestra débil mirada y a nuestro siempre deficitario conocimiento, a *ver* el mundo que nos rodea. La Universidad consume esa pedagogía de la mirada que amplía y lleva prácticamente hasta lo infinito la imagen simple del mundo que recibimos al nacer.

-318-

En su origen, la palabra misma *universitas* equivale a universalidad. Ofrecía el estudio general, el examen de todo, las llaves de aquellas puertas que conducían a los cuatro senderos magistrales, estos a su vez se desgajaban en ramas, en disciplinas diversas para la ampliación detallada de cada sector del saber, de la ciencia.

Volver a la Universidad es reencontrar la fuente de juvenia. Nos recuerda que siempre somos alumnos que acaso lleguen un día a la noble condición de discípulos. Volver al aula es aprender de nuevo que el tamaño real de la persona no es el que marca su estatura, porque la Universidad ofrece otra forma de crecimiento, otro *estirón* del adolescente y del joven, hasta verlo crecido y armado de pies a la cabeza para entendedérselas solo con el mundo.

Pero mi gozo por volver idealmente a la Universidad es mayor al ascender a una con sede en Salamanca. Y aún más, si es posible que hay más: vosotros me regaláis un riquísimo presente: volver a una Cátedra de Fray Luis de León, tutelar de la Poesía.

Un aprendiz de poetizador como el que os habla, se siente instalado en un supremo sitio al hallarse aquí, en la atmósfera palpitante de Fray Luis. Mucho antes de que Heidegger predicase que por la poesía y el poetizar el hombre hace habitable el mundo, Fray Luis, a la luz de Horacio, sentía que el tamaño del hombre se despereza, se estira hasta lo inverosímil, por el empujón hacia lo alto que le da la poesía.

Fray Luis puso en verso castellano la primera de las odas del libro de Horacio, y halló para ella dos versiones y una prosificación. En la primera asentó con suavidad horaciana pura, la declaración que contiene la médula del efecto de lo poético en el ser humano.

*A mí la hiedra, premio y hermosura
de la gloriosa frente, me parece
una divinidad: el monte, el bosque,
el baile de las ninfas, sus cantares
me alejan de la gente, y más si sopla
Euterpe su clarín, y Polimnia
no deja de me dar la lesbia lira.
Y así, si tú en el número me pones
-319-
de los poetas líricos, que el cielo
toco pensaré con la cabeza.*

Ese reconocimiento de la poesía como fuerza estiradora de la estatura del hombre hasta volverlo a tan gigantesca escala que le baste para tocar el cielo con la frente, es descrito en la segunda versión hecha por Fray Luis con un pincel más vigoroso, con un trazo más fuerte y rotundo. Es la versión que el fraile pone:

*Euterpe no me niegue
el soplo de su flauta, y Polimnia
la citara me entregue
de Lesbo; que si a tu juicio es digna
de entrar en este cuento
mi voz, en las estrellas haré asiento.*

Pero estas dos versiones dejaron insatisfecho a Fray Luis y pasó a transmutar en la enérgica palabra castellana su manera real de ver viva aquella idea, que tan sutilmente le ofreciera Horacio. Y vino a decir:

*Poesía, si me concedes tus favores,
creceré tan alto,
que mi frente se clavará como una viga
entre las mismas estrellas.*

Clavarse como una viga en la pared del cielo, enterrarse entre las estrellas, es la ilusionada ambición de quien se abraza a la poesía como el náufrago al salvavidas, como el navío extraviado a la luz del faro. Náufrago y desolado huérfano es el hombre, condenado a no saber porqué está aquí, para qué está arrojado a este infinitamente minúsculo corpúsculo aterrador e implacable que es la tierra.

Dejó Fray Luis vibrando esta consigna, cantándola en el oído del seguidor de la poesía, que se siente en efecto crecer, y subir, o soñar subir, más allá de la habitual estatura. Ese gigante parido por la imaginación, por la fantasía, es - 320- decir, por lo que el mundo clásico llamaba *carmina*, el ramo de poemas, el manojo de versos, es un hombre que ilustra el pensamiento de Bergson, según el cual la imaginación tiene lógica propia, que es distinta a la lógica de la razón.

Por impulso natural, biológico diría, quien se adentra un tanto nada más en el reino propio de la poesía, que es la imaginación vestida de palabras, adquiere otra mirada, ve y transvé, no puede contentarse con el bulto superficial de las cosas y de las ideas, asciende y trasciende por la planicie o piel interior de las cosas, y su *cosificación* del mundo, para expresarlo con la palabra exacta de Heidegger, su cosificación halla la *aletheia*, el desvelamiento o desnudamiento de lo que está oculto ante él, dentro y bajo la apariencia de la cosa, objeto, idea, paisaje, sentimiento, personas, o pura imaginación en libertad, fantasía. Poesía, nada más que poesía.

Puedo decir, sin faltar a la humildad a que venimos obligados los humanos, que dentro de mis posibilidades para *transver* en lo que me rodea, es esa lógica de la imaginación la que me llevó y me lleva mundo adentro de lo oculto

que cae ante mis ojos. Un ejemplo que se repite en mi trabajo, en mi manera propia de mirar embelesado y aturdido el contorno, está en el poema titulado «Amapolas en el camino de Toledo». Como es sabido, la amapola es uno de los avisos concretos de la muerte, de la catalepsia al menos por vía de opiación, que prepara para la muerte por el camino del sueño y del ensueño.

Con esa presencia de las amapolas a la entrada de Toledo, escribí este poema:

La palabra Toledo sabe a piedra,

a memoria milenaria,

a judío tenaz,

a fantasma.

Vista la ciudad

se comprende que no existe,

que no ha existido nunca,

que todo es el sueño de un profeta loco,

de un emisario del otro mundo

que olvidó el camino de regreso.

En las torres de Toledo

-321-

descansan los guerreros del año mil doscientos,

los que fueron a buscar el Santo Grial,

y quedaron inmóviles ante las murallas de Jerusalén

hasta que el Río los trajo a las almenas de Toledo.

Dentro de estos muros

hay viejos peces de piedra, y hay enigmas

que nadie quiere escuchar,

y antiquísimo llanto petrificado, y plegarias

que en lugar de ir al cielo

caen como imprecaciones en las rodillas del diablo.

En el silencio de la noche

Toledo sirve de reposo a aquellos muertos

que no pueden dormir,

a los ángeles arrojados incesantemente del Paraíso,

a los seres que nos han sido personados por Dios,

y vivirán invisibles para siempre

en las callejuelas más tristes de Toledo.

Yo he visto todo eso: yo, ciego, he visto más:

la alondra saboreando el amargor del incienso,

la borla caída de un sepulcro gótico,

el cirio rojo en la tumba del cardenal,

la mariposa comunicando un secreto a San Cristóbal,

la osamenta de un rabino escondida bajo la armadura del Conde de Orgaz.

Yo, ciego, he visto; pero debo callar,

*porque la muerte me hace señas de guardar silencio,
y dentro de mí tiemblan mis huesos,
y de pronto comprendo por qué allí,
en las afueras de Toledo,
ofrecen su signo a la inocencia de los hombres
las rojas amapolas.*

La inteligencia no es sólo recordar cosas, sino relacionar iluminativamente las cosas entre sí. Mi sistema de relacionar es débil, y casi siempre es obvio. Por eso me es relativamente fácil dar *lo bonito*, pero muy pocas veces o ~~-322-~~ nunca doy *lo bello*. Lo generalizado de este defecto, de este mal más bien, no me consuela, porque quizá no necesite insistir ante ustedes, en que no tiene límites mi ambición por alcanzar la belleza. De ahí que algunos hablen de modestia y de humildad en mi caso, cuando lo cierto es que la insatisfacción y disgusto con lo hecho, revelan todo lo contrario de la humildad. Si le concediese gran mérito a mis poemas, estaría olvidando el sagaz pensamiento de Coleridge: «Creemos tener encendida ya una luz, cuando apenas hemos prendido un candil».

Hace mucho tiempo que renuncié a la absurda pregunta por la calidad o la no calidad de cuanto escribo. No sé, no puedo formarme un criterio, una opinión. Me limito a dejar los papeles en la mesa, o encerrados entre las líneas de un impreso, y no pienso más en lo publicado, porque ya no tiene enmienda lo que juzgue erróneo ni mejora lo que considere aceptable. Procuro, inútilmente, alejarme del yo protagonista, porque estimo que en poesía sólo hay un protagonista legítimo: *el poema mismo*, lo que llegue a cristalizar en poema.

Este sentimiento de la posible creación de disfraces para no ser identificado, apresado por la muerte, es posiblemente el origen universal de la metáfora. De muchacho, casi niño, me gustaba oír a una vieja, africana absoluta, que entonada con cierto deje de picardía de la que luego supe era de

su tierra bureba, en la Guinea. Ña Juliana, le preguntaba, ¿y qué quiere decir eso tan bonito que usted canta? Su explicación la recuerdo, la reinvento así:

¡Oh madre mía!,

*yo canto en la noche, sola entre las ramas;
me convertí en cesto de pescado para burlar al fantasma,
me convertí en cogollo de palmera y no pudo hacerme nada,
me convertí en barro y no pudo hacerme nada.*

Esa transmutación, la mutación del objeto, me sigue pareciendo fascinante y muy realista. El paso instantáneo y súbito de lo real concreto a lo real poético, es la pintura de René Magritte, tan simbólica como el sello de Hermes y tan real como el acta de un notario.

Miro hacia atrás, con disgusto, porque siempre es una pérdida de tiempo recordar, y veo que de ese cesto de pescado y de ese cogollo de palmera me - [323](#)- nacieron muchos poemas. Esa arcaica canción bureba está en la simiente de este ilusorio enmascaramiento antimuerte que llamé «Los lunes me llamaba Nicanor»:

Yo los lunes me llamaba Nicanor.

*Vindicaba el horrible tedio de los domingos
Y desconcertaba por unas horas a las doncellas
Y a los horóscopos.
El Martes es un día hermoso para llamarse Adrián.
Con ello se vence el maleficio de la jornada
Y puede entrarse con buen pie en la roja pradera
Del Miércoles,
Cuando es tan grato informar a los amigos
De que por todo ese día nuestro nombre es Cristóbal.
Yo en otro tiempo escamoteaba la guillotina del tiempo
Mudando de nombre cada día para no ser localizado
Por la señora Aquella.
La que transforma todo nombre en un pretérito
Decorado por las lágrimas.
Pero ya al fin he aprendido que jueves Melitón,
Recadero viernes, sábado Alejandro,
No impedirán jamás llegar al pálido domingo innominado*

*Cuando ella bautiza y clava certera su venablo
Tras el antifaz de cualquier nombre.
Yo los lunes me llamaba Nicanor.
Y ahora mismo no recuerdo en qué día estamos
Ni como me tocaría hoy llamarme en vano.*

(1965)

Y está también la transmutación en la raíz de la descripción literal de un viaje a la luna, que se me germinó recordando una leyenda común a Irlanda y al África, y quien sabe a cuantos otros pueblos: la convicción -que la ciencia corrobora hoy- de que el alma, mientras el hombre duerme, va a la luna, y vuelve al despertar:

-324-

*Mi madre no sabe que por la noche,
cuando ella mira mi cuerpo dormido
y sonrío feliz sintiéndome a su lado,
mi alma sale de mí, se va de viaje
guiada por elefantes blanquirrojos,
y toda la tierra queda abandonada,
y ya no pertenezco a la prisión del mundo,
pues llego hasta la luna, desciendo
en sus verdes ríos y en sus bosques de oro,
y pastoreo rebaños de tiernos elefantes,
y cabalgo los dóciles leopardos de la luna,
y me divierto en el teatro de los astros
contemplando a Júpiter danzar, reír a Hyleo.
Y mi madre no sabe que al otro día,
cuando toca en mi hombro y dulcemente llama,
yo no vengo del sueño: yo he regresado
pocos instantes antes, después de haber sido
el más feliz de los niños, y el viajero
que despaciosamente entra y sale del cielo,
cuando la madre llama y obedece el alma.*

(1960)

Estas insistentes metáforas o escapatorias (escapatorias según la mirada superficial; indagatorias de lo cierto vislumbrado, según mi creencia), se repiten hasta llegar a lo monótono y lamentable en casi todos los poemas, sobre los cuales confieso, aquí internos, que me aburren demasiado, porque son uno y el mismo. En forma amplia o reducida, con mayor patetismo o con su grano salis, doy vueltas y revueltas sobre mi propia sombra, como el esclavo ciego en la noria.

No pienso que es consecuencia del paso de los años, de la edad, sino de la estrechez de la puerta por donde desde muy muchacho salí al mundo. No llamo mundo a la gente, ni a la persona particular, ni a la fisiología, ni a las grotescas anécdotas que nos distraen tanto de vivir. Llamo mundo a la esfera celeste, a esa esfera de la que han concedido al planeta tierra una porción tan - 325- mínima, tan mísera, tan ridícula, que no se nos reduce jamás la angustia de hallarnos en una prisión asfixiante. Esa prisión, paradójicamente, es tan ancha como todo el cielo, pues según Scheler «el hombre es un callejón sin salida, pero al mismo tiempo es la salida del callejón».

La desesperación y la exasperación final del prisionero, buscan salidas, distracciones, analgésicos e hipnóticos (el arte, la guerra, la música, la poesía) para huir del terror que despierta la contemplación de los astros y la maquinaria vacía, oscura, inexplicable del Universo. La conciencia de lo absurdo niega la existencia de lo absurdo.

Por mi parte he intentado traducir ese estupor, esa *extrañeza de estar*, escribiendo poemas que no son sino parapetos detrás de los cuales hablo con cierto inseguro disfraz: un pez, una rosa, un baile, un entierro. Vestido de pez, de pececillo a punto de morir, (porque los peces, como los hombres, estamos siempre a un milímetro de la muerte), transcribí de modo literal el testamento de ese enigmático compañero nuestro, el pez, ancestro nuestro que tiene los mismos ojos de Pablo Picasso, y el mundo que ven esos milfacéticos ojos se deslumbra ante las piedras de una ciudad, con parejo asombro al que nos abruma antes una muralla, ante una piedra, un caracol hallado en el bolsillo, ante una figura humana cualquiera, bella persona o hipopótamo violeta. Ese

testamento, que por supuesto es mi propio testamento, dice en su discurso final:

*Yo soy un pez, un eco de la muerte,
en mi cuerpo la muerte se aproxima
hacia los seres tiernos resonando,
y ahora la siento en mí incorporada,
ante tus ojos, ante tu olvido, ciudad, estoy muriendo,
me estoy volviendo un pez de forma indestructible,
me estoy quedando a solas con mi alma,
siento cómo la muerte me mira fijamente,
cómo ha iniciado un viaje extraño por mi alma,
cómo habita mi estancia más callada,
mientras descansas, ciudad, mientras olvidas.
Yo no quiero morir, ciudad, yo soy tu sombra,
yo soy quien vela el trazo de tu sueño,*

-326-

*quien conduce la luz hasta tus puertas,
quien vela tu dormir, quien te despierta;
yo soy un pez, he sido niño y nube,
por tus calles, ciudad, yo fue geranio,
bajo algún cielo fue la dulce lluvia,
luego la nieve pura, limpia lana, sonrisa de mujer,
sombrero, fruta, estrépito, silencio,
la aurora, lo nocturno, lo imposible,
el fruto que madura, el brillo de una espada,
yo soy un pez, un ángel he sido,
cielo, paraíso, escala, estruendo,
el salterio, la flauta, la guitarra,
la carne, el esqueleto, la esperanza,
el tambor y la tumba.*

*Yo te amo ciudad,
cuando persistes,
cuando la muerte tiene que sentarse
como un gigante ebrio a contemplarte,
porque alzas sin paz en cada instante
todo lo que destruye con sus ojos,
porque si un niño muere lo eternizas,
si un ruiseñor perece tú resuenas,
y siempre estás, ciudad, ensimismada,
creándote la eterna semejanza,
desdeñando la muerte,
cortándole el aliento con tu risa,
poniéndola de espalda contra un muro,
inventándote el mar, los cielos, los sonidos,
oponiendo a la muerte tu estructura
de impalpable tejido y de esperanza.
Quisiera ser mañana entre tus calles*

*una sombra cualquiera, un objeto, una estrella,
navegarte la dura superficie dejando el mar,
dejando con su espejo de formas moribundas,
donde nada recuerda tu existencia,*

-327-

*y perderme hacia ti, ciudad amada,
quedándome en tus manos recogido,
eterno pez, ojos eternos,
sintiéndote pasar por mi mirada
y perderme algún día dándome en nube y llanto,
contemplando, ciudad, desde tu cielo único y humilde
tu sombra gigantesca laborando,
en sueño y en vigilia,
en otoño, en invierno,
en medio de la verde primavera,
en la extensión radiante del verano,
en la patria sonora de los frutos,
en las luces del sol, en las sombras viajeras por los muros,
laborando febril contra la muerte,
venciéndola, ciudad, renaciendo, ciudad, en cada instante,
en tus peces de oro, tus hijos, tus estrellas.*

Leído este poema, que considero de un romanticismo excesivo, de un pindarismo que desborda la prudencia y la estética, quedame por declarar, olvidando los sabios consejos de García Bacca, que en vano he intentado una y otra vez escribir poemas que sólo quieren ser eso, poemas, invención pura. Creo que ésta ha de ser la aspiración suprema de quien escribe, pinta, hace música o planta una escultura.

La aspiración suprema, porque al hombre le es dada -o él cree que le ha sido dada- la facultad de añadir cosas al universo, cosas en el sentido que daba Martín Heidegger a esta palabra, a este misterio. Por añadir entiendo, no sólo la originalidad, el dar algo que no se dio jamás, sino también la búsqueda exhaustiva, no superficial, de cuanto pueda haber en el objeto o en la sensación conocida, *cosificada* ya. Porque siendo insuficiente conocer por los simples sentidos el contenido de una cosificación, el ser humano tiene, pienso, la obligación de intentar entrar en las cosas, un pan, una mesa, un clavo, una fisonomía humana y animal. Ese aclarar, desvelar las cosas, como ha dicho

Heidegger, es la misión única del poeta, recordando aquí que el poeta no es sólo quien escribe poemas, sino todo el que ensaya una explicación de cuanto le rodea, explicación tácita o explícita.

-328-

La ciencia nos ha enseñado el arte de la penetración en las cosas, no sólo por el empleo del microscopio y del análisis, sino también por la preocupación que se nos exige tener ante la apariencia de las cosas, de los hechos y de las ideas. Si se mira con atención una mancha de vino en el mantel, puede llegarse a descubrir o redescubrir la ruta de Marco Polo.

Reconozco que mi mirada es mínima, pobre, superficial, porque tengo imaginación para adornar, pero no para *penetrar*, para descender al interior de los sentimientos y de las sensaciones, como es el caso de los contadísimos poetas-poetas que en el mundo han sido.

Bajar a las entrañas de un objeto es una titánica empresa de paciencia, de éxtasis, de iluminación.

Quiero hablar todavía de otro medio del que me he valido frecuentemente para convertir la *relacionalidad* en iluminación, dándole a esta palabra tan ambigua el sentido que le daba Mallarme, que es sencillamente imitar el trabajo de iluminación o coloración del grabado, a la manera del miniaturista medioeval. El colorido, la iluminación de la estremecedora aparición de Toledo ante el viandante, me ayudó a delinear su fisonomía con cierta aproximación, pienso; de igual modo, la contemplación de unas abejas en su actividad habitual, me llevó a *transver*, a mirar las abejas bordadas ya en el armiño imperial de Bonaparte. Conozco por experiencia campesina la virtud curativa de la abeja y sus ácidos sobre el dolor de lumbago. El impulso, innato en mí, de relacionar y sacar en su contexto habitual las cosas para que dejen de estar ocultas, me llevó a escribir el poema titulado «Pavana para el emperador», una eutrapelia, pero también algo más:

Napoleón tenía un manto lleno de abejitas de oro.

*Cuando el dolor de lumbago acometía al Emperador,
las viejas hechiceras de Córcega le aconsejaban:
-Polioni, vuelve el manto al revés, ponte las abejas en la piel.
Y las fieras abejitas picoreaban a lo largo del espinazo imperial;
Sin la menor reverencia clavaban sus aguijoncitos arriba y abajo,
Hasta que trasfundían sus benévolos ácidos en la sangre del Corso,
Y el lumbago salía dando gritos, vencido por el vencedor de Austerlitz.
La risa reaparecía en el rostro imperial, y la corte se vestía de encarnado;
Napoleón, libre de penas, volvía al derecho el manto, el de las abejitas de oro,
-329-
Y tomando con la punta de los dedos los extremos del armiño,
Echábase a bailar una pavana por todos los salones de la Tullerías:
Tra-la-lá, tra-la-lá, bailaba y cantaba, y decía olé, y viva la vida, y olé.
Y en tanto bailaba de nuevo feliz el Señor del Mundo,
Las doradas abejitas de su manto, felices también, reían y cantaban,
Como rayos de sol en la cabeza de un niño.*

(1963)

Eso es todo, la realidad transfigurada, hasta donde alcanza la imaginación.

* * *

Hoy he vuelto a la Universidad, a la luz de Fray Luis, y siento renovarse, en guerra con el peso del paso del tiempo, la sensación de crecer y crecer hasta llegar a las mismas praderas del cielo. La ilusión de poetizar, de explicarme fragmentos y retazos del universo, morirá conmigo.

Vuestra generosa convocatoria en torno a mis poemas, me ha obligado a mirar frente a frente estos últimos días cuanto llevo escrito, y confieso que casi todo me ha parecido excesivo, dominado por la fuerza de las palabras en sí, no dominando el autor al poema, sino al revés. Preferiría dejar poemas que quizás Parménides o el mismo Heráclito no rehusasen firmar. Pero no creo contar ya con el tiempo para recortar la elocuencia y reorientar la imaginación, que se repite y se agota. Tengo que publicar algunos poemas que posiblemente desconcertarán y hasta irritarán, quizás, al lector, como es el caso de este «Festín de Alejandro», tema que se presta como pocos a un despliegue de

escenas brillantes, de fanfarrias, de cortinajes, de guerreros adorando a quien les parecía el favorito del cielo, etcétera, etcétera.

Este «Festín de Alejandro» que mantengo en la sombra, parco, concreto, dice:

Para desayunar,

*Alejandro el Grande prefería
testículos de tigre
con salsa de caviar;*

Para la merienda,

-330-

*el omnipotente Alejandro exigía
frituras de unicornio
con néctar de mandarinas;*

Para cenar,

*el dueño del mundo, Alejandro,
se contentaba
con una corteza de manzana calentada
entre los senos de Astarté.*

* * *

Empleé hace un instante la palabra viandante. Viajero incesante en el camino, llevado y traído por el corcel de la imaginación, es lo que soy, lo que somos. Desde el más antiguo poema recordado, el Gilgamesh, hasta los poemas de Saint John Perse, pasando por el paisaje lunar de la *Tierra Baldía*, con una parada altamente ilustrativa en la Odisea, esa biografía compendiada del género humano, no hace la poesía otra cosa que estar en el camino, errante, yendo hacia todas partes y hacia ninguna.

Andar con el tiempo al hombro, que decía Lope, y distraerse del inútil pero inexorable viaje con la música y la escritura, con la vida rutinaria y ciega, es cuanto podemos hacer.

Personalmente es lo que hago. No conozco, ni me interesa, el valor o el no-valor de cuanto llevo escrito. No sé; sencillamente, no sé.

Por esta misma incertidumbre, es por lo que me asombra y me conmueve que haya personas, lúcidas, razonantes, reflexivas, como vosotros, que muestran tal interés por esos poemas, que llegan al extremo de producir, como en estos días inolvidables e impagables para mí, unas muestras de aprecio que no puedo, no sé comprender, pero agradezco.

«Tengamos el decoro, dice Juan David García Bacca, de no querer exhibir el yo *-mi* concepción del arte, *mi* clase de poesía, *mi* filosofía...-; hagamos virtud de esa imposibilidad, y no haremos el ridículo ni obligaremos a que lo hagan nuestros amigos.

«Digamos, al dar a luz un poema, una obra... "ahí queda eso". Digámoslo y cumplámoslo», concluye García Bacca.

Ahí queda eso, un guijarro o una estrella. Ahí queda eso, y nada más.

Salamanca, 28 de abril de 1993.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo